

consiento, ¡oh María! decía San Bernardo, en que vuestros templos sean destruidos, vuestros altares sean abandonados, en que vuestras estatuas sean destruidas, en que todo el mundo deje de honraros, si se puede presentar uno solo de vosotros siervos que os haya invocado en vano." En efecto. ¿Quién tendrá jamás poder para sacar del seno de nuestra madre á los que contritos y humillados hayamos acudido allí para salvarnos de nuestros enemigos?

¡Oh madre tierna de todos los mexicanos! Vuestra asistencia será una fuente inagotable de bendiciones para el pastor y las ovejas del pueblo michoacano, para todos los que os invoquen con fe, con esperanza y con amor: venid á cada uno de nosotros, venid á visitarnos en particular; extinguid en nuestros corazones los sentimientos de impiedad, de odio, de envidia, de ambicion y de lujuria: alcanzadnos del Señor la mansedumbre, la humildad, la caridad y la fe; pedidle que nos dé la paz, la paz que el mundo no puede darnos. Rogadle que á ejemplo de Isabel, nos dediquemos á celebrar vuestra gloria, á fin de llamaros bienaventurada entre todas las generaciones, á publicar vuestras bondades y á tributaros el homenaje de nuestra gratitud por vuestras grandes misericordias. Interceded, por último, en favor de los que hoy hemos venido á invocar vuestro patrocinio, para que el Señor derrame sobre nosotros sus bendiciones temporales, y que sean un principio de las eternas que nos reserva en su gloria.—ASI SEA.

SERMON

SOBRE LA

MATERNIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

PREDICADO

EN LA PARROQUIA DE VERACRUZ EN 1871

POR EL

PBRO. D. FRANCISCO FLORES

Mulier ecce filius tuus.

Mujer, hé ahí á tu hijo.

Joan, XIX, 26.

Después de la imagen sagrada del Salvador, la más digna de nuestros respetos y de nuestro amor, es, sin contradicción, la de su augusta Madre. María es la medianera entre el cielo y la tierra, es la dulce figura que se interpone entre los rayos de la cólera divina y nuestras cabezas culpables. ¿Pero esta mediación la ejerce María realmente? ¿Este poder inmenso y casi soberano de que Dios la ha dotado lo ejerce en nuestro favor, ó sólo es una prerrogativa inútil en María? Léjos de nosotros un pensamiento tan injurioso al corazón de María. María, por salvarnos, siempre está dispuesta á poner

en juego su mediación ó valimiento por la razón de que es nuestra madre. Procuremos meditar sobre esta admirable verdad. Un hijo bien educado, un hijo bueno, tierno y afectuoso para con sus padres, jamás se fastidia al oír hablar de la ternura de su madre para con él. La maternidad de María, es como la carta fundamental de su reinado, del imperio universal que ejerce sobre el mundo. Por lo mismo, voy á hablaros de la maternidad de María Santísima, diciéndoos que es la maternidad más augusta, ya se considere de parte de Jesucristo que la confiere, ya de parte de María que recibió las investiduras: prestadme vuestra atención.

1. Estando Jesucristo para volver á su Padre, quiso dar á su Madre y á nosotros la última prueba de su amor. Hé aquí cuál fué la ingeniosa invención de su ternura. A nosotros, que nos iba á dejar, nos legó á María por Madre para que no quedásemos huérfanos, y á María, para consolarla en la separación de su Hijo bien amado, le dió á los hombres por hijos. El Evangelista dice que junto á la cruz de Jesús estaba María su madre. Jesús, habiendo visto á María y al discípulo que tanto amaba, dijo á María: "Mujer, hé aquí á tu Hijo," y después dijo al discípulo: "Hé aquí á tu Madre." Desde entonces el discípulo la miró como á su madre y María fué constituida madre de los hombres, porque San Juan, al pié de la cruz, representaba á la humanidad entera: ahí estábamos todos con él, y María fué constituida nuestra madre por toda la eternidad, pues aunque subió á los cielos, jamás ha dejado de velar sobre sus hijos; continuamente nos dispensa los cuidados de la más tierna y dulce solicitud.

2. Dije que la maternidad de María es la más augusta por razón de Jesucristo, que es el que se la confirió. En efecto, trasladémonos en espíritu al Calvario y veremos que aquel que está clavado en la cruz es un Dios; pero un Dios anonadado; que es un rey, pero coronado de espinas; que su púrpura real es su carne ensangrenta-

da; que su trono es el madero de un infame patíbulo. El es el Soberano en el cielo y en la tierra, el Señor de los ángeles y de los hombres, y sin embargo, está puesto como víctima inocente entre las manos de sus más crueles enemigos que lo han crucificado. Con una sola de sus palabras pudo aniquilar á los verdugos que insultaban su majestad; pero sus labios no se abren más que para rogar y perdonar. El tiene por imperio el universo y no obstante muere solo, abandonado de todos, sobre el árbol de su suplicio, rodeado solamente de algunas pobres mujeres que no cesan de llorar y de uno de sus discípulos, que viene á participar de su dolor. Pues bien, esté Dios humanado, esté rey moribundo, Jesucristo mismo, el Hijo de Dios, la sabiduría increada, es el que nos legó á su madre. ¿Y delante de qué testigos y en medio de qué aparato? Una multitud inmensa asiste al suplicio de la víctima inocente. En esa hora el sol se oscurece para pagar á su modo un tributo de dolor á la muerte de su Criador y de su rey, rehusa iluminar con sus rayos esas escenas lúgubres y desoladas; la tierra, por su parte, se estremece de sentimiento, las piedras se chocan y se hacen pedazos, el velo del templo se rasga, los sepulcros no pueden contener ya á sus muertos, la naturaleza toda se espanta y se consterna á fin de proclamar la fuerza, la energía y el poder celestial del divino crucificado. En presencia de semejantes testigos, á la faz de todo el universo que estaba ahí representado, en medio de un cataclismo tan imponente, en ese momento tan lleno de terror y de majestad, Jesucristo nos dió á María por Madre; en ese momento se escaparon de sus divinos labios estas palabras tan consoladoras y tan dulces: "Mujer, hé aquí á tu Hijo." Luego nada hay más augusto ni venerable que la maternidad de María, porque es un Dios el que la confiere de la manera más solemne, ni nada hay más tierno ni más patético.

3. ¿Cuándo instituyó Jesucristo el sacramento de su amor? ¿Cuándo dió á los hombres la prenda de su más

viva afeccion que había de perpetuar su encarnacion á través de los siglos? La vispera de su pasion, entonces obró este prodigio de infinita misericordia; pero cuando nos dió á María por madre, escogió el dia de su suplicio, como para hacernos más sensible este divino presente á causa de las circunstancias en que nos lo hizo. Ya sabemos cuánto poder y cuánta fuerza tiene la última voluntad de un moribundo. Jesus estaba en la cruz con la cabeza dolorosamente inclinada, los ojos eclipsados por la sangre y por las lágrimas, y el cuerpo agobiado bajo el peso de los horribles sufrimientos. Pues en esta hora, en este momento solemne y supremo, pocos instantes antes de exhalar el último suspiro, entonces el Salvador, dirigiendo la vista al pié de la cruz y mirando á su santa Madre y al discípulo amado, levanta suavemente su frente coronada de espinas, y haciendo un esfuerzo supremo, mueve sus lívidos lábios y dice á su Madre: "Mujer, hé aquí á tu hijo," y á San Juan: "Hé aquí á tu Madre." Hé aquí su testamento y una de sus últimas palabras.

4. ¿Habeis presenciado, señores, alguna vez entre los hombres un acto semejante? ¿Habeis asistido alguna ocasion á estas escenas tan llenas de tristeza y de dolor? Suponed á un padre de familia tendido en su cama, en el lecho del dolor, y que llama á su rededor á sus hijos por la última vez: mirad cómo fijando en su esposa miradas casi apagadas por las primeras sombras de la muerte, levanta su mano descolorida y descarnada para bendecir á sus hijos, y con voz casi apagada les dice: "Hijos míos, hé aquí á vuestra madre, yo os confío á su cuidado y á su amor." ¿Qué sucede entonces? Que los hijos se precipitan en los brazos de esa buena madre para depositar en su seno su dolor y sus lágrimas, y jamás pronuncian con más amor y con más confianza estas dulces palabras: ¡Madre mia, madre mia! Hermanos míos, esto hizo Jesucristo con nosotros á la hora de su muerte, y nosotros debemos entregarnos en los brazos de María Santísima para salvarnos del naufragio de la vida. Hé

aquí la maternidad, la más tierna y la más augusta, porque fué conferida por un Dios moribundo en medio de indecibles tormentos, á una pobre madre tambien medio muerta por el espectáculo de los dolores de su Hijo.

5. Dije tambien que la maternidad de María es la más augusta por razon de ella misma. Ya hemos visto que vino á ser nuestra Madre sobre el Calvario, sobre la montaña de la myrra y del dolor; y esta circunstancia debe hacerla doblemente querida á nuestros corazones. Entre las montañas de que se habla en el Nuevo Testamento, se distinguen principalmente el Tabor, el monte de los Olivos y el Calvario. María no aparece más que sobre el último de los tres. Ni apareció en el Tabor, porque el Tabor es la dicha, el gozo, la gloria, la transfiguracion: y María debía ser la Madre de los dolores, la reina de los mártires, la consoladora de los afligidos; Ella debía sentir siempre sobre su corazon la punta de aquella cruel espada que la había traspasado en el dia de su purificacion. María no se encontró en el monte de los Olivos, porque ahí no hubo más que un dolor secreto, solitario, sin testigos, y si María hubiese recibido ahí la investidura de su maternidad, en la noche y á la sombra de los olivos, se hubiera dudado de ella. Por esto la augusta Virgen recibió esta investidura sobre el Calvario, sobre la montaña de los dolores aceptados con paciencia, sostenidos con la más intrépida serenidad, consumados con la más heroica resignacion. Ahí colocada á los piés de Jesus que moría por amor hácia nosotros; ahí puesta en pié como para manifestar toda su fuerza en medio de su inmenso dolor. Esta donacion solemne no se hizo de un modo oculto sino en el gran dia; en medio de una multitud inmensa de pueblo que se había agrupado al rededor de la cruz, Jesucristo nos legó á María por Madre.

6. Luego María es nuestra Madre, el seno sagrado donde hemos tomado nuestro nacimiento, la fuente augusta donde hemos bebido los rocíos de la vida espiri-

tual; nosotros somos los hijos de su dolor y de sus lágrimas, pues á costa de mil sufrimientos nos ha engendrado á la gracia; nosotros somos los Benjamines de esta nueva Raquel. María es la madre más amable y más amante de todas las madres: María es el refugio de los pecadores, el consuelo de los afligidos, la madre de los huérfanos; todos podemos refugiarnos en su seno maternal, desahogar ahí nuestro corazón y sacar el consuelo, porque su corazón es un océano de amor, de poder y de bondad.

7. Luego podemos recurrir con toda confianza á esta tierna Madre en nuestras penas y en nuestras angustias. A Ella es á quien debemos pedir auxilio y protección en medio de las tristezas de la vida, seguros de que siempre seremos escuchados. Ella consolará nuestros dolores, ella revivirá en nuestras almas la flama casi apagada de la esperanza. Pues arrojémonos entre los brazos de su ternura maternal. Y si durante los días referidos de nuestra vida mortal, tenemos frecuentemente la dicha de reposar sobre el pecho sagrado de la augusta Virgen, ella nos dormirá con el sueño de los justos en el fin de nuestra peregrinación, y nos defenderá en el tribunal temible del soberano Juez.—AMEN.

S E R M O N

SOBRE LA

MATERNIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

PREDICADO EN VERACRUZ EN 1871

POR EL

PBRO. D. FRANCISCO FLORES

*Quae est ista, quae progreditur quasi
aurora consurgens, pulchra ut luna, electa
ut sol.*

¡Quién es ésta que marcha como el alba
al levantarse, hermosa como la luna,
escogida como el sol.

Cant., VI, 9.

Habiendo descendido el hombre del trono de su soberanía por el pecado, no le quedaron por cortejo más que las maldiciones de Dios y las rebeliones de la naturaleza; pero Dios, que tiene más bondad que justicia, se siente conmovido en su corazón á la vista de las ruinas que el pecado había hecho en su criatura privilegiada, é imponiendo silencio á su justicia para no escuchar más que su misericordia, resolvió salvar al hombre y volverle los títu-

BIBLIOTECA U. A. N. L.